



Las cataratas de la reina

EN 1855, LOS GUÍAS DE LIVINGSTONE le llevaron a Mosi-oa-Tunya, aquellas inmensas cataratas a las que él decidió llamar «cataratas Victoria» en honor de la reina de Inglaterra. Cuando regresó a su país, escribió un libro para contar sus aventuras por el río y su «descubrimiento» de las mayores cataratas del mundo. Se convirtió en un éxito al instante.

El libro hizo de Livingstone una celebridad, e incluso recibió una invitación a tomar el té con la propia reina. Sin embargo, a él solo le preocupaba regresar al Zambeze. Finalmente, en 1858 el Gobierno británico accedió a darle un barco de vapor con paletas para remontar el río. Aquel barco no tardó mucho en quedar atascado en las aguas poco profundas, pero Livingstone lo siguió intentando hasta que, cuando tan solo llevaba cien kilómetros recorridos desde el océano, el vapor se topó con unos rápidos infranqueables. Livingstone hizo que desmontaran el barco y lo transportasen pieza a pieza para sortear los rápidos, pero al otro lado la profundidad del río era tan escasa que el vapor encallaba una y otra vez. El médico pasó cinco años tratando de encontrar una ruta para remontar el Zambeze antes de que el Gobierno cancelase por fin la expedición.